**El alivio de reconciliarse**

Por su servidor Russell George

Otra vez voy a pedir que haga algo que, tal vez, no tenga anhelos de hacer, aunque es su deber y para su bien. Primero vamos a dirigirnos a la pregunta, ¿cuándo es aconsejable reconciliarse?

Una vez, cuando yo estaba en el seminario, uno de los alumnos se acercó a mí y pidió permiso para hablar conmigo. Él me pidió disculpas porque tenía una mala actitud hacia mí. Tal vez su confesión fue un alivio para él, pero me dejó un poco trastornado. Yo no sabía que él tenía una mala actitud hacia mí. Él se fue sin darme ninguna explicación. Me quedé preguntándome, “¿Qué hice mal? ¿Cuántos más hay que tienen una mala actitud hacia mí”? Tal vez él pensaba que estaba reconciliándose conmigo, pero estaba equivocado. Yo no estaba conciente de ninguna fricción entre nosotros dos. No era una relación rota que él tenía que arreglar. Él tenía que pedir perdón a Dios, no más.

El hecho de que no esté de acuerdo con alguien o que no le tenga mucho respeto no quiere decir que tenga que reconciliarme con él. Si ando criticándole y yo sé que él lo sabe, sí, sería bueno pedirle perdón y reconciliarme.

Otra consideración en cuanto a la reconciliación es la cercanía de la persona. Si es un compañero de trabajo o colegio, pariente o hermano en Cristo en mi iglesia, entonces sí, es más imprescindible que haga una reconciliación. Cada vez que tocamos codos produce un estrés en la vida de ambos. En todo caso, si sabemos que alguien tiene razón para estar enojado con nosotros, debemos tener la valentía de pedir perdón y reconciliarnos con él. No importa si el está en una relación cercana a nosotros.

En Mateo 5:23-25 Jesús nos hace saber que no podemos tener una relación debida para con Dios si no tenemos una relación debida con los demás. “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, y no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel”. Para los fariseos, todo lo que importaba era que la gente cumpla con sus ritos religiosos. Jesús no estaba de acuerdo con esto. Sabiendo que no podemos estar bien con Dios si no estamos bien con los demás, hace la reconciliación más imprescindible.

Mateo capítulo cinco trata de los casos en los cuales nosotros estamos en falta. Mateo 18 se trata de casos en los cuales otros han pecado en contra de nosotros. Si es una ofensa de tal magnitud que no podemos pasarla por alto, Mateo nos da tres pasos para la reconciliación. El primer paso se encuentra en el versículo 15: “Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tu y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano”. Muchos no están dispuestos a tomar este paso. Si lo toman será después de haber hablado con muchos otros. Esto no es justo para el ofensor. Si hay éxito en el primer paso, por supuesto, no hacen falta los otros dos. Si no, el versículo 16 dice: “Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra”. Si el ofensor todavía se niega a reconocer su falta, el tercer paso se encuentra en el versículo 17. “Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano”. Este paso se puede tomar si los dos están en la misma iglesia. Si no, todavía se pueden tomar los primeros dos. Si, con todo esto, no hay reconciliación, tenemos una conciencia limpia. Hemos hecho nuestra parte y tenemos que dejar los resultados a Dios.

Con algunos es imposible reconciliarse. Tal vez ellos estarán dispuestos a sentar y charlar con nosotros, pero si ellos no están dispuestos a perdonar o reconocer su falta, no podemos reconciliarnos con ellos. Algunos se aprovecharán de nuestro intento de reconciliarnos con ellos como una ocasión para sacar una ventaja de nosotros con intención de volver a atacarnos. Algunos tienen un sentido de superioridad. Para ellos, nosotros jamás seremos capaces de disfrutar de su aprobación.

Lo difícil de la reconciliación es que exige confrontación y humillación. Si tenemos que confrontar al ofensor con su falta, debemos hacerlo de la manera más humilde posible. Gálatas 6:1 dice cómo: “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado”. Es reconocer que nosotros no somos infalibles y decir, si hemos ofendido a ellos en algo, queremos su perdón. Después de hacer esto, estamos en condiciones de pedir que ellos reconozcan el mal que nos han hecho a nosotros.

Lo bueno de la reconciliación es el alivio que sentimos después. Aun si no tenemos éxito en tener reconciliación, igual sentimos un alivio porque hicimos nuestra parte. Hay una relación intrincada entre nuestro estado emocional y nuestro estado de salud. Siempre nos conviene guardar nuestra salud. Fricción entre nosotros y otros resulta en estrés, o sea ansiedad emocional. Los malos pensamientos que tenemos hacia alguien producen amargura. Es como la raíz de amargura de Hebreos 12:15. “Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados”. Un poco de amargura en la comida está bien pero demasiado es dañino. Es así en nuestra vida emocional también. Hay estrés también si de continuo hay una preocupación de que nuestro rival tome venganza y nos haga sufrir. Conviene eliminar esta angustia emocional para poder vivir una vida tranquila.

El consejo del Apóstol Pablo es: “Si es posible, en cuanto depende de vosotros, estad en paz con todos los hombres”. No siempre es posible, pero debemos hacer un esfuerzo de andar en paz para con todos.